

RiHC Revista internacional
de Historia
de la Comunicación

ISSN: 2255-5129

UNAMUNO Y LA REVISTA CANARIO CUBANA *EL GUANCHE* (1924)

Unamuno and the canarian cuban magazine El Guanche (1924)

DOI: <http://dx.doi.org/10.12795/RiHC.2019.i12.05>

Recibido: 18/03/2019


Aceptado: 23/04/2019

Publicado: 15/06/2019

Emelina Martín Acosta

Universidad de Burgos, España

emelina@ubu.es

ORCID  0000-0001-9004-6843

Como citar este artículo: MARTÍN ACOSTA, Emelina (2019): "Unamuno y la revista canario cubana *El Guanche* (1924)", en *Revista Internacional de Historia de la Comunicación*, (12), pp. 87-106.

Resumen: La revista canario-cubana *El Guanche* va a publicar en La Habana las noticias que llegan desde Canarias del insigne intelectual Don Miguel de Unamuno exiliado en Fuerteventura, planteando desde el primer momento una defensa a ultranza de su personalidad y sus escritos sobre las características del pueblo canario.

Palabras clave: *El Guanche, Cuba, Unamuno, Fuerteventura.*

Abstracts: The canarian - cuban magazine *El Guanche* is going to publish in Havana the news that arrive from the Canary Islands of the famous intellectual Don Miguel de Unamuno exiled in Fuerteventura, posing from the first moment a defense at all costs of his personality and his writings on the characteristics of the canarian people.

Keywords: *El Guanche, Cuba, Unamuno, Fuerteventura.*

Introducción y metodología

La revista *El Guanche*, vinculada a la ideología del partido nacionalista canario en Cuba, se publicó en La Habana en 1924 y en sus páginas recogía noticias que llegaban desde las islas, así como aquellas otras que sucedían en la Habana y en toda Cuba de temas concernientes a los canarios residentes o visitantes.

El Guanche planteaba el “nacionalismo” como una corriente de pensamiento y de acción política especial que provenía de una aspiración democrática, cuya exaltación de los valores nacionales (culturales, patrióticos y morales) estarían encaminados a la defensa de la identidad canaria como pueblo, sin perder de vista el papel de la solidaridad internacional frente a la intervención exterior.

Y siguiendo esta línea ideológica, la revista *El Guanche*, va a insertar en sus páginas las noticias que llegaban desde Canarias sobre la estancia del insigne intelectual, escritor y filósofo, Don Miguel de Unamuno en Fuerteventura. Desde el primer momento plantean una defensa a ultranza de su personalidad y sus escritos sobre las características del pueblo canario y la paupérrima situación en el campo; una realidad que se podía hacer extensible a todas las demás islas.

Unamuno va a dedicar a la Isla Majorera y a sus gentes varios sonetos recogidos en el libro de “*Fuerteventura a París*”, pero también enviará a la revista *El Guanche*, crónicas muy críticas unas veces y otras bellísimas llenas de admiración hacía sus gentes, la tierra volcánica, el mar, los camellos, etc. Llegando incluso a introducir en sus escritos términos del lenguaje canario, que escuchaba a sus gentes.

1 Los periódicos canarios en Cuba

Las gacetas y semanarios canarios en Cuba pretendían ser un medio de comunicación entre los canarios residentes en la isla, además de presentarse como portavoz de los canarios en los diferentes niveles de la sociedad cubana. Así mismo, al estar dirigidas a un sector muy específico de la población, -los canarios emigrantes-, su supervivencia estará continuamente amenazada por diversos problemas, principalmente económicos.

Hay que resaltar que no todas las publicaciones tuvieron un compromiso crítico frente a la situación de las islas Canarias, a pesar de que ésta fue la causa principal de su migración. Tal vez fue debido a que los responsables directivos de las publicaciones pertenecían a un sector consolidado social y económicamente, y una vez que triunfaron se olvidaron de sus penalidades en su tierra de origen.

Todas las publicaciones periódicas -periódicos y revistas- canarioamericanas en Cuba, tuvieron una vida efímera hasta el primer cuarto del siglo XX, excepción de los boletines isleños, siglos XX y XXI, publicados en la Habana por la Asociación Canaria de Cuba, Leonor Pérez Cabrera.

En la Asociación Canaria de Beneficencia, Instrucción y Recreo de la Habana, muchos asociados lanzaban proclamas separatistas para el archipiélago canario, a través de las Juntas Locales repartidas por todas las provincias cubanas y a través de las revistas de esa época: *Las Afortunadas*, *Tierra Canaria*, aunque la más extremista de todas sin lugar a dudas fue *El Guanche*” (CEDOCAM).

En Cuba existieron periódicos canarios publicados en La Habana, desde el siglo XIX. Sin embargo, ciñéndonos al siglo XX, debemos mencionar publicaciones como *Las Canarias* (1902); *Cuba y Canarias* (1906-1923), como revista ilustrada de intereses cubano-canarios, con información literaria y científica, con una periodicidad semanal, que se publicaba todos los domingos, en la Habana. *Cuba y Canarias* (1922-1923) de Santi Espíritus, publicación ilustrada, órgano también de la colonia canaria de Cuba, con carácter quincenal. Tenía una ideología filo masónico, anticlerical y contrario al régimen monárquico español.

Hespérides (marzo- abril de 1930-abril) se publicaba en La Habana y era el órgano oficial de “Canarias Sport Club”, una revista de asuntos generales de interés para la colonia canaria, en especial dedicada a los deportes. *Tierra Canaria*, (marzo de 1930-julio de 1931), revista ilustrada que daba a conocer las actividades de la colonia canaria de La Habana, así como las todo lo cultural que le enviaban desde Canarias. A partir del 24 de marzo de 1931, esta revista fue declarada órgano oficial de la Sección de Cultura de la Asociación Canaria de La Habana. *Atlántida* (febrero de 1933), revista ilustrada, órgano de la Asociación Canaria de Cuba, con sede en La Habana (W. Fernandez, David, 2000: 11-14).

2 La revista *El Guanche*

La publicación que más destaca entre los periódicos y revistas canario-cubanas sea *El Guanche*, revista quincenal ilustrada para la defensa de los intereses canarios, que aparece en Cuba en 1924, vinculada al partido nacionalista canario.

El partido de los nacionalistas canario, formaba una especie de “pequeña Canarias”, - una patria dentro de otra patria- decían sus fundadores. Se trataba de gente muy preparada, que se desenvolvía muy bien en los ambientes habaneros y eran respetados por las autoridades cubanas, aunque peor vistos por los españoles que se habían quedado a vivir en Cuba, después de la independencia. Estos patriotas canarios no sólo se organizaron para fundar un partido de isleños, sino también para publicar una revista que ayudara a no perder la unidad ni la comunicación de tantos emigrados:

Los que militan en el Partido Nacionalista Canario aman las glorias españolas, se descubren ante su bandera, hablan su armoniosa lengua y rinden pleitesía a los genios ilustres que acrecentaron el patrimonio de nuestra historia; pero odian, detestan y maldicen la intransigencia de los representantes del Poder, desprecian las viejas oligarquías y tienen para los dictadores sin conciencia y para los Reyes absolutos, la mayor de todas las indiferencias.

La gaceta *El Guanche* se presentaba como el órgano del Partido Nacionalista Canario de Cuba, (García Ramos, 2013: 33,38, 60) con una periodicidad quincenal, aunque sólo salieron diecisiete números, (15 de marzo de 1924-25 de diciembre de 1924). Esta revista fue heredera de la que años anteriores se había fundado en Caracas entre 1897-1898, como revista ilustrada, órgano del Partido Nacionalista Canario. Fue separatista en Venezuela entre los años 1897-1898 y seguirá manteniendo una actitud separatista en la época cubana. *El Guanche* se presentaba además como una publicación que ofrecía sus páginas a cuantos quisieran exponer y debatir los problemas canarios.

El semanario *El Guanche*, tuvo una existencia efímera, pero, a pesar de ello, constituyó un medio muy importante para defender los intereses de la colonia canaria en Cuba, y además tal como ellos mismos proclamaban en sus páginas para informar y orientar al migrante recién llegado. Además, la revista ofrecía un espacio para que la Beneficencia Canaria informase a los canarios sobre la tramitación de los asuntos legales, e incluso, al divulgar las actividades de la Asociación Canaria de la Habana, se relaciona con las otras asociaciones canarias de Cuba. La rápida desaparición de la revista *El Guanche* no fue culpa de sus editores, sino más bien de las presiones políticas por parte del Gobierno Cubano que se oponían a la gran influencia del nacionalismo canario, que como órgano de prensa, ejercía una gran fuerza en la opinión pública nacional o internacional, además de relacionarse con las organizaciones obrera, femenina y estudiantil cubanas (Campos Mitjans y Guanche Pérez, 1993:1020- 1022).

3 Unamuno y *El Guanche*

Y esta línea ideológica es la que llevo a Don Miguel de Unamuno a enviar sus crónicas a Cuba y a la revista *El Guanche* a publicarlas. Aunque anteriormente ya recogieron las noticias que llegaron desde Canarias sobre la estancia del insigne intelectual, escritor y filósofo en Fuerteventura. La revista en su editorial plantea desde el primer momento una defensa a ultranza de su personalidad y sus escritos sobre las características del pueblo canario y su paupérrima situación en el campo, que se podía hacer extensible a todas las demás islas.

El 20 de febrero de 1924, Miguel de Unamuno fue desterrado a la isla canaria de Fuerteventura por el General Primo de Rivera, quien dictó la orden de confinamiento a consecuencia de las continuas críticas hacia el Rey y el propio Primo de Rivera. Unamuno permaneció en la isla hasta el 9 de julio de ese mismo año, cuando se evadió en un velero francés y se estableció en París. Unamuno se instalará en el Hotel Fuerteventura en Puerto Cabras. La isla tenía entonces cerca de doce mil habitantes, que en su mayoría se dedicaban a la agricultura y la ganadería.

Unamuno va a dedicar a la “Isla Majorera” y a sus gentes varios sonetos recogidos en el libro de “*Fuerteventura a París*”, (Unamuno, 2002: 12-13) pero también en la revista canario cubana *El Guanche* donde enviará crónicas bellísimas, llenas de admiración hacía sus gentes, la tierra volcánica, el mar, los camellos, etc. E incluso introduce en sus escritos términos “especiales” canarios que escucha al pueblo.

3.1 El Hombre del Día

(Editorial) *El Guanche*, 15 marzo-1924:13)

En este texto podemos apreciar cómo la revista expone una defensa a ultranza de Miguel de Unamuno, tal vez por algún comunicado que les llega de España, porque hablan del destierro a Lanzarote y no a Fuerteventura. Igualmente expresan su repulsa al rey y se unen a las protestas de todos los intelectuales españoles y extranjeros, se trata de un texto al mes de la fecha del destierro:

Por el grave delito de pensar y porque anhela una España mejor, Unamuno, ex-Rector de la Universidad salmantina y mentalidad superiorísima, la principal entre los suyos a juicio de los más grandes hombres de Europa y de América, ha sido desterrado a Lanzarote, isla del Archipiélago Canario.

Honor es recibirlo y tenerlo allí. Y sin duda ese honor es mayor que aquel otro proporcionado por la visita de un rey. Entre el sabio cuya existencia y cuyos actos interesan a la Humanidad, y un monarca que acepta las imposiciones de un

directorio militar que cierra ateneos y persigue catedráticos, no hay término de comparación.

La prensa diaria del mundo está con el Maestro castigado. Y a las protestas de los intelectuales españoles expresadas en la forma permitida por la odiosa reacción, se han unido, expuestas con toda libertad, las de no pocas Universidades americanas y europeas.

Formamos entre los más fervientes admiradores de Don Miguel de Unamuno y estamos con aquellos que han expresado su profundo disgusto ante el incalificable atropello cometido. Devotos del profesor insigne, consignamos aquí nuestro sincero afecto y nuestra devoción sin límites.

3.2 La conciencia ciudadana

Artículo de opinión de J. Cabrera Díaz (*El Guanche*, 15 de abril- 1924:1 -2)

El Sr. Cabrera Díaz señala en este artículo el paso de Don Miguel de Unamuno en 1910 por la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria y recuerda sus palabras sobre el concepto que el ilustre intelectual tenía de la ciudad:

Allá por el año 1910 o 1911, el ilustre catedrático D. Miguel de Unamuno visitó nuestras islas y pronunció allí unas conferencias, notabilísimas por su fondo y por su forma. Y sobre todo notabilísimas por su oportunidad. Entre las muchas cosas buenas que el Sr. Unamuno dijo en Las Palmas, recordamos aquellas que establecen un concepto racional sobre la ciudad moderna. “La civilización es ciudadana. Las ciudades son las que civilizan; las ciudades que son la conciencia. Sobre el campo está siempre la ciudad, que lo ha transformado, lo ha engrandecido y lo ha civilizado. La ciudad es la que ha hecho esos cambios en los destinos de la tierra. La ciudad es una nación.”

Como en Canarias no interesa nada fuera de las pasiones políticas, el Sr. Unamuno predicaba en desierto cuando hablaba de la ciudad, atribuyéndole una importancia primordial y decisiva en el florecimiento de las sociedades humanas. Y tal son exactas las observaciones que expuso entonces el ilustre catedrático, que de ser adoptadas como único programa patriótico, iniciarían nuestros hombres públicos una nueva era de paz, de trabajo y de progreso.

La solución fundamental del llamado “problema canario” estriba en vivir la verdadera vida municipal, en armonizar y vigorizar la vida ciudadana; en dejar de pedir, eternos mendigos de los poderes metropolitanos, lo que, por depender exclusivamente de nuestras iniciativas, no pueden darnos los gobiernos españoles.

Las ciudades que más se distinguen por su cultura, por su adelanto material y por el equilibrado desenvolvimiento de sus actividades, son aquellas que ofrecen una intensa y constante y activa vida municipal; aquellas que marchan rectamente, por sus solos esfuerzos, a la realización de sus destinos; aquellas que sin ajenos auxilios ni extrañas injerencias, solucionan sus problemas propios y cumplen todas sus propias funciones sociales. “Las ciudades-dijo el Sr. Unamuno- son la conciencia de las regiones.”

Las ciudades son mucho más que expresiones geográficas, bastante más que aglomeraciones definidas de gentes, algo más que grupos de determinados caracteres etnológicos: las ciudades son organismos vivos, cuerpos sociales con su popular cultura, con su propia economía, con sus características interpretaciones del derecho, con su arte y su literatura, con sus instituciones, con sus costumbres inconfundibles, con sus tendencias, con sus aspiraciones, con sus ideales; siendo a la vez centros impulsores de la conciencia regional.

Carecer de estos distintivos equivale, a carecer de personalidad. Vivir en la constante dependencia de una tutela cualquiera que actúe desde fuera, aunque esa tutela tenga, como sucede con la del Estado, deberes que cumplir para con la ciudad, no es vivir libre y dignamente. No obtendremos así un pueblo fuerte, sano y vigilante, sino sencillamente una aglomeración inconsistente, sin cohesión, sin unidad psicológica, sin iniciativa, sin voluntad. Será un pueblo tornadizo, débil, miserable, moral y fisiológicamente considerado. Solo por el juego incesante y normal de las fuerzas y actividades propias se desarrolla y vigoriza el cuerpo social, como únicamente por el funcionamiento integral y armónico de todos los órganos alcanza el individuo el máximum de desarrollo moral y físico.

“La historia de la civilización- escribe Ibering en la “Historia de los indo-europeos”-va unida siempre a las ciudades; muchas veces una sola representa una etapa. “La ciudad-añade-es el lazo más (sólido de cuantos atan al hombre al suelo. Y cuanto más ha puesto el hombre en la tierra, más unido está a ella. ”Y por su parte Maunier dice que “la ciudad es una sociedad compleja cuya base geográfica es especialmente limitada con relación a su volumen, o en la cual el *elemento territorial se ofrece en cantidad relativamente pequeña considerada en relación con la de sus elementos humanos.*

El cronista continúa su editorial haciendo su crítica al gobierno en un tono bastante elevado y combativo aprovechando las notas que sobre la ciudad había expuesto Unamuno:

Mientras estas nociones, de un valor científico inatacable, no penetren en nuestra mentalidad y en ella se graben indeleblemente para que informen

siempre las determinaciones de la voluntad y los vuelos del pensamiento, las ciudades canarias seguirán siendo, según la expresión feliz del señor Unamuno, “un mesón puesto en el camino de esa gran vía mundial por donde pasan los pueblos, un mesón donde se descansa, donde se deja algo de la bolsa, pero donde no se deja nada del espíritu ni nada se llevan del vuestro.”

Un programa patriótico no sería someterse al poder de la nación que nos tiene esclavizados, ni mendigar de los gobiernos españoles las mercedes menguadas que hoy nos arrojan como migajas miserables, sino por el contrario crear, con los elementos de que en casa puede disponerse, el ambiente ciudadano, la vida municipal, los ideales prácticos de la esfera pública. Salir del aislamiento en que nos debatimos, convertir en instrumento de bienestar común y de general cultura las armas con que mutuamente nos destrozamos en una contienda propia de razas inferiores. Los odios, los rencores, las pasiones malsanas son perecederas, como perecederos son los individuos; la agrupación, el pueblo, la ciudad es lo permanente y estable. Emplear en el combate ruin y deleznable de las pequeñas miserias partidistas y en el debate mezquino de los opuestos intereses personales, las energías que reclama la ciudad, es antinatural, e inconcebible.

Y forjada la conciencia ciudadana, creada la vida municipal, fortalecido el espíritu de la región, en esta gradual educación que va del individuo a la comarca, podrá ser viable el ideal nacionalista. La independencia sobre vendría como la consecuencia legítima, naturalísima, del ejercicio de nuestra personalidad ciudadana. Encaminémonos todos a formar esta conciencia, la conciencia de la región, por medio de la vigorización de la vida municipal. Pensemos más en nuestro problema de cultura, de sanidad, de subsistencia, de adelanto material, y bastante menos en menesteres políticos. Seamos, antes que siervos de un poder que nos maltrata, que nos olvida, que nos abandona, ciudadanos conscientes por el esfuerzo de nuestra soberana voluntad.

3.3 Unamuno en Canarias

Llegada. De visita en La Laguna. Hacia Las Palmas. En Fuerteventura (*El Guanche*, 15-abril -1924:10)

En esta crónica enviada desde Canarias se recoge los pormenores de la llegada de Unamuno a canarias antes de situarse en Fuerteventura. Y por supuesto reseña las propias palabras de Unamuno en una valoración de la situación real de las islas en esos momentos

En la noche del 10 de Marzo fondeó en el puerto de Santa Cruz de Tenerife el vapor “Atlante”, trayendo al desterrado don Miguel de Unamuno. Todo el día 2

permaneció en la isla, trasladándose a la mañana, acompañado de un grupo de intelectuales, a La Laguna, para visitar el Instituto, la Universidad y los lugares más pintorescos. A las doce de la noche volvió al buque, amaneciendo en el Puerto de la Luz, donde le esperaban algunos hombres de letras. También en Las Palmas fue recibido en varios centros culturales, y obsequiado y atendido al igual que en Tenerife. Después de residir unos días en Gran Canaria, lleve el vapor interinsular "La Palma" a Fuerteventura, adonde desembarcó en la mañana del 12. Las personas más cultas de la isla han acudido a saludarle.

El eminente pensador se ha encontrado con un recrudecimiento de las ya viejas, diferencias entre Tenerife y Gran Canaria, y la prensa publica lo que ha dicho a este propósito. Estas son sus palabras:

"¿Es vuestro problema el de la división? Creo que no. Si me equivoco, que me perdonen. Sospecho que eso no resolvería nada. La división, multiplicaría las oficinas, aumentaría los gastos y nada resolvería en el fondo; además, naturalmente, inmediatamente, se encontrarían en una situación análoga Vigo respecto de Pontevedra, Gijón respecto de Oviedo, Jerez con Cádiz, Cartagena respecto de Murcia. Habláis de distancias; hay en España provincias en que para ir a la capital desde ciertas cabezas de distrito hay que andar leguas y leguas; hay algunas en los Pirineos en que es preciso internarse por Francia. Eso de la rapidez tampoco es cosa material; la rapidez es cosa del espíritu; en el mismo Madrid se eternizan y se alargan los asuntos cuando se quieren eternizar y alargar. Y, ahora, permitidme que os lo diga, no quisiera ofender a nadie, pero ¿no habrá en todo esto un poco de vanidad colectiva? ¿No habrá algo de eso que se expresa diciendo: "no por el huevo, sino por el fuero"?"

No; no creo que la división resolviera el caso. Y, sin embargo, hay un problema canario. ¿Está su solución en la autonomía? Temo también que no. Yo no soy autonomista. Tengo la creencia de que con la autonomía, lejos de desaparecer, se empeorarían los cacicatos todos. El mejor cacique es el que está más lejos y es más grande cuando es un hombre y no una sombra.

Vosotros tenéis un problema mucho más grave que ese al que no denomináis vuestro problema. Y no creo que ese se resuelva con la división ni con la autonomía.

Pero, ¿cuál es ese problema? No sé si yo me equivocaré. Antes de venir aquí, había hablado con muchos hijos de esta tierra, había leído periódicos, había oído; después he oído a los que me han hablado y a los que no me han hablado, pues también oigo por la espalda y a larga distancia. Y creo que tenéis un problema: el de vuestro aislamiento. Vivís aislándoos. Decía Nietzsche que la enfermedad tiene una cierta tendencia a alimentarse de sí misma. He conocido muchos enfermos,

muchos enfermos que tenían la voluptuosidad de su dolencia. Vivís aislados; y lo que hace vuestra fuerza, hace vuestra debilidad. Vuestra fuerza es la posición geográfica que tenéis. Por aquí pasan buques de todas las naciones de la tierra; pero también pasan por encima las nubes; y ¿de qué sirve si no descargan? Os encontraréis con un horizonte y cerrado; el mar os estrecha y os entrega a vosotros mismos.

Lo que a mí más me choca aquí, le que más choca a todos los que vienen, es la escasa, la escasísima repercusión que aquí tienen los grandes problemas nacionales e internacionales. ¿Es que eso no os interesa? Pues son esas cosas las primeras que deben interesaros. Si no os interesáis vosotros en los problemas de España, de Europa, del mundo en las grandes cuestiones humanas, ¿cómo queréis que se interesen por los vuestros?"

Unas palabras nuestras. (editorial de la Revista):

La editorial de la revista *Guanche* termina su crónica con una clara afirmación de los principios del partido que la sostiene: "A reserva de ocuparnos con la debida extensión de cuando ha dicho y diga de Canarias el sabio Unamuno, seguimos pensando que el verdadero problema es el de su independencia. Libre, constituyendo una nación, aunque pequeña, Canarias será grande en todos los aspectos".

3.4 Lanzarote y Fuerteventura

Crónica desde Puerto Cabras, 8 de mayo de J. Medina (*El Guancho*, 15- junio-1924: 5)

El destierro de Unamuno en Fuerteventura puso a la isla "de moda". Los barcos que llegaban a Puerto de Cabras trajeron numeroso y distinguido de visitantes, deseosos de conocer y tratar al literato desterrado. Periodistas, hombres de letras, políticos y turistas de todos los países se sintieron atraídos por la figura del gran pensador:

La estancia del ilustre profesor Don Miguel de Unamuno en Fuerteventura ha dado carácter de palpitante actualidad a cuanto se relaciona con la isla infortunada. Todos los vapores que llegan a Puerto de Cabras nos trae contingente numeroso y distinguido de visitantes, ansiosos de saludar, conocer y tratar al literato desterrado. Periodistas, hombres de letras, políticos y turistas de todos los países pasan por esta isla. El movimiento literario aquí sé ha despertado y las organizaciones sociales adquieren nueva vida. Últimamente, entre los más notables periodistas extranjeros que han visitado al señor de Unamuno, se- cuenta el director de "Le Quotiden", de París, Mr. Henri Dumag, a quien el Profesor de Salamanca ha ofrecido una serie de artículos.

El Sr. de Unamuno es un *caseur* admirable y anecdótico. Constantemente está escribiendo sus impresiones. Ha realizado varias excursiones al interior de la isla,

admirándose de la original configuración de nuestra tierra y de su rara formación.

Numerosos artículos del señor de Unamuno pregonan en la prensa europea las excelencias de nuestro clima y la bondad de los hijos de este país.

3.5 Este nuestro clima

Crónica de Miguel de Unamuno desde Fuerteventura (*El Guanche*, 15- junio- 1924:12-13).

“¿Qué le parece a usted nuestro clima?” Le preguntaban los majoreros a Unamuno y el respondía que admirable. Sosiego, calma, como un sanatorio, por lo bien que allí se respiraba. Junto a este mar tan dulcemente arrollador, que le ayudaba a dormir muy bien. El escritor califica el clima de prehistórico:

¿Qué le parece a usted de nuestro clima?” Y lo preguntan algunos como si se tratara de algo suyo propio, de algo que han hecho ellos. ¿Y no será siquiera en parte así? Porque hay allá, en mi nativa tierra vizcaína, quienes parecen creer que son ellos los que han hecho el hierro de nuestras montañas. Y en Bilbao, en mi Bilbao, se cree, y con razón, que en Bilbao, que son los bilbaínos los que han hecho la ría y que la ría, madre de Bilbao, es a la vez su hija. Y así es, pues todo hombre que de veras lo sea hace de su madre su hija. Y la patria o, mejor, la patria, nuestra tierra matriz, tiene que ser nuestra hija si hemos de merecerla. Y si ella ha de merecernos.

“¿Qué le parece a usted nuestro clima?” Clima quiere decir, inclinación, y la inclinación es aquí, en esta afortunada isla de Fuerteventura, admirable. ¡Qué escuela de sosiego! ¡Qué sanatorio! ¡Qué fuente de calma!

En esta apartada isla la luna brilla más pura y se respira mejor. Es decir, menos Don Juan Tenorio. Don Juan Tenorio se aburriría como una claca- que hace aquí las veces de ostra-en esta isla. Aquí no hay campo para Don Juan Tenorio. Aquí no hay más Tenorios que los camellos en esta época del celo, cuando sacan su vejiga de la boca. Aquí no se comprenden tenoriadas. Y no es que el linaje humano no se propague y multiplique aquí, no. Aquí hay hombres. Lo que no creo que haya es ni muchos machos con pantalones ni muchos eunucos con ellos. Bajo este clima prospera la humanidad; pero una humanidad recatada y resignada, enjuta y sobria, una humanidad muy poco teatral. Y es que el clima no es teatral.

“¿No ha oído usted el trueno? Anoche a eso de las doce y media...” Así me preguntaban hace pocos días. Y no; no oí el trueno, y eso que dicen que fue

tremendo. Pero, ¿cómo puede ser tremendo un trueno aquí, junto a esta mar tan dulcemente arrulladora? “Pantanosa e insalubre...” ¡Qué más quisieran aquí sino que hubiese pantanos! No; nada de pantanoso. Aquí no se estanca más que la tierra. En ella hay lo que llaman “*gavias*”, cuadrados con rebordes, para que el agua de riego se endique en ellos; pero... ¿pantanos?

Pero este clima; ¡este clima! Y ¡cómo se duerme! ¡Es una bendición, una verdadera bendición! En mi vida he dormido mejor. ¡En mi vida he digerido mejor mis íntimas inquietudes! Estoy digiriendo el gofio de nuestra historia.

¡Qué razón tenía el amigo Gil Roldán cuando me dijo en Tenerife, allí, en medio del maravilloso paisaje de la Laguna—tengo que rehacer lo que de él dije en mi *Por tierras de Portugal y de España*—, que este paisaje de Fuerteventura es un paisaje bíblico! Evangélico más bien. Este es un clima evangélico. Aquí se funden y como que se derriten en el lecho del alma las parábolas, las metáforas y las paradojas evangélicas. (Metáfora, parábola y paradoja son todo el estilo evangélico, son toda la esencia del Evangelio, de la Buena Nueva.).

En estas mañanas, cuando el sol, al salir de la mar, me da, recién nacido, un beso en la frente, tomo mi Nuevo Testamento griego, lo abro al azar, y leo. Y en este clima las viejas parábolas, las parábolas eternas, me suenan a algo enteramente nuevo. Sí; este es un paisaje evangélico. Y es, sobre todo, un celaje evangélico.

¡Ah! ¡Pobre Fuerteventura! ¡Qué lección la de tu noble y resignada pobreza! ¡Aquel camello, aquel camello sacando agua de una noria al pie de una palmera! En el fondo el paisaje de Betancuria.

¡Y aún quieren, Fuerteventura, robarte tu pobreza! En las Palmas oímos un cantar que dice: “Ni en Puerto Cabras hay cabras—ni en la Oliva hay un olivo—ni hay pájaros en la Pájara— ni en la Antigua hay nada antiguo.” Y no es verdad; porque en Puerto Cabras, aquí hay cabras—y en su mar cabrillas —que lamen las piedras y se mantienen; y si en la Oliva no vi un olivo, en la Pájara hay pájaros y hay algo antiguo en la Antigua. ¿Antiguo? ¡Más que antiguo! ¡Eterno! Porque en la Antigua hay, como en toda la isla, el clima, un clima prehistórico.

¿Pero es prehistórico este clima? Porque el clima mismo, sin duda, que dividió a los antiguos guanches majoreros, a los guanches de la Fuerteventura anterior a Betancourt, en los reinos divididos por la pared que separaba la península meridional, la de Jandía, del resto de la isla; es el clima mismo que hizo la historia prehistórica—pase la paradoja—de esta isla afortunada. O ¿ha cambiado el clima? ¿Es que el pastor pacífico ha destruido el arbolado? ¿O es que el clima no está sujeto a historia?

3.6 Comentario

Crónica de Unamuno desde Puerto Cabras, Fuerteventura (*El Guanche* 30- junio- 1924: 14).

En este artículo Unamuno hace una crítica de la obra de Chil y Naranjo sobre “*Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*” y en concreto dedicado a Fuerteventura. Nos brinda una versión muy particular de la historia y concluye con una afirmación más propia de un intelectual de izquierdas que la de un historiador. De ahí la crítica al doctor Chil y Naranjo: Una isla dividida antes que arribaran a ella sus primeros descubridores y conquistadores europeos en dos reinos por lo menos. Dos reinos, divididos por una muralla y además eran dos monarquías hereditarias. La muralla de Jandía, la que a los pobres guanches les procuró -el consuelo fuerte de haber nacido; qué fue lo que les dio, con la bendita guerra civil, la vida imperecedera de la Historia; qué fue lo que les hizo personas, es decir, ¡ciudadanos!:

Esta infortunada isla de Fuerteventura, donde entre la apacible calma del cielo y del mar escribimos este comentario a la vida que pasa y a la que se queda, mide en lo más largo, de punta Norte a punta Sur, cien kilómetros, y en lo más ancho, veinticinco. En su extremo Suroeste forma una península casi deshabitada, por donde vagan, entre soledades desnudas y desnudeces solitarias de la mísera tierra, algunos pastores. A esta península se le conoce por el nombre de Jandía o de la Pared. La pared o, mejor, muralla que dio nombre a la península de Jandía, y de la que aún se conservan trechos, fue una muralla construida por los guanches para separar los dos reinos en que la isla Majorata., la de los majoreros, o sea Fuerteventura, estaba dividida y para impedir las incursiones de uno en otro reino. Y he aquí cómo este pedazo de África sahárica lanzado en el Atlántico se permitía tener una península y una muralla como la de la China en cuanto al sentido histórico. Porque aquí hubo historia en lo que se llama los tiempos prehistóricos de la isla, lo que quiere decir que aquí hubo guerra civil, guerra intestina entre los guanches que la habitaban. Sin duda porque el aislamiento les impedía tener guerra con los de fuera.

En los *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*, del Dr. Gregorio Chil y Naranjo-siguen sus títulos, que no son pocos- se dedica un capítulo-páginas 435 a 455 del voluminoso tomo primero-a los “Reinos de Fuerteventura. “Reinos, así, y no reino. Porque esta isla estaba dividida antes que arribaran a ella sus primeros descubridores y conquistadores europeos en dos reinos por lo menos. Lo que quiere decir, repitamos, que aquí hubo historia; que no fue ésta una de esas idílicas—tomando lo de idilio en su más vulgar sentido moderno—islas del mar llamado por mal nombre Pacífico.

El Dr. Chil y Naranjo, varón ingenuo y candoroso, nos describe las costumbres de los primitivos guanches majoreros, diciéndonos que eran “alegres y amigos de

fiestas' ', que 'lloraban difícilmente' ' y que "por la resignación que tenían con su suerte, se puede decir que parecían verdaderos estoicos". Y así continúan siendo sus habitantes de hoy, para consuelo y edificación de los desterrados que llega a estas hospitalarias costas. Y hablando luego de su gobierno, dice el ingenuo Dr. Chil y Naranjo, una especie de Heródoto perteneciente a varias asociaciones académicas- entre ellas a una Sociedad de Aclimatación y a la Academia de Estanislao, de Nancy-, que "es de creer que el Gobierno era monárquico hereditario, con castas privilegiadas y una jerarquía- la que es suya y no nuestra-, social que tenía el mando de los ejércitos y ejercía la magistratura, bien que, desconociéndose la servidumbre, los altos puestos del Reino eran desempeñados por los guerreros; esto es, por los Atlas u hombres valerosos, a quienes por lo mismo no alcanzaba todo el rigor de las leyes penales". Y poco después añade que "el rey era siempre el supremo magistrado" y que "el oficio de carnicero y de verdugo eran reputados como infamantes".

Aquel "es de creer" del ingenuo doctor Chil y Naranjo es de una rara profundidad inconsciente. Es de creer, en efecto, que los dos reinos en que por la muralla estaba dividida la isla, eran dos monarquías hereditarias. Y esa división era la razón de ser histórica de la primitiva isla de Fuerteventura; era la raíz de su incipiente civilización analfabética.

"No obstante esta separación completa de los -dos Estados, las guerras eran tan frecuentes, que, por decirlo así, los ejércitos de ambos reinos estaban siempre sobre las armas"—dice el ilustre miembro de la Sociedad de Aclimatación y de la Academia de Estanislao, de Nancy—. ¿No obstante? Todo lo contrario a merced a esa feliz separación— ¡feliz culpa!, que canta la Iglesia—eran frecuentes las guerras entre los dos reinos majoreros; gracias 'a esa feliz separación, se aclimató la historia en esta isla.

¡Y habría que haber visto a las huestes del Norte, de la porción enormemente mayor, acudir desde Tuineje y Tesejerague y Tiscamanita y Ampuyenta y Chamotistafe y Triquibijate, jinetes en camellos, si es que entonces los había, como hoy abundan, en la isla—seamos cautos en la investigación—, acudir a la conquista de la rebelde península de Jandía! Y pasar al pie de la montaña Cardones—ayer la bordeamos, sólo que en auto—, donde estaba la sepultura del gigante Mahán, que medía 22 pies de largo. El ingenuo doctor no niega que pudiera haber existido una sepultura de esas dimensiones, pero se resiste, con escepticismo herodotiano, a creer que el esqueleto alcanzase "esa estatua colosal". Pero ya contaremos cómo era el esqueleto y no la sepultura el que medía ese tamaño.

¡Ah! Si pudiéramos evocar el espíritu errante de la pitonisa. Tabiabrin o el de la Sibila Tamonante, que vaga por las trágicas cuchillas de esta isla sedienta de agua

dulce, ellos nos dirían que fue aquella separación de la muralla de Jandía, la que a los pobres guanches les procuró -el consuelo fuerte de haber nacido; qué fue lo que les dio, con la bendita guerra civil, la vida imperecedera de la Historia; qué fue lo que les hizo personas, es decir, ¡ciudadanos!

3.7 Comentarios de Unamuno

Crónica de Unamuno. Puerto Cabras, Fuerteventura (*El Guancho*, 30- agosto -1924: 12)

Esta es una crónica bellísima sobre la dureza de esa isla, la sequedad de su suelo y sus gentes, de parte de su alimento como los higos secos, el gofio o el queso. La belleza dura de una tierra que le ha enamorado y metido muy adentro:

¡La verdad, la verdad! ¡Como corona y coronamiento de todo, la verdad! La tierra de esta isla ermitaña no miente; Fuerteventura dice al hombre, dice a sus hombres, a sus hijos, la verdad desnuda y descarnada, el esqueleto de la verdad. El que miente aquí es el cielo, que se cubre de nubes y no llueve. ¿Pero la tierra, los huesos de tierra, el esqueleto de tierra? La verdad, corona y coronamiento de toda la vida humana; nada más que la verdad. Que llega a ser la suprema ilusión.

¡Estos barrancos secos y sedientos, cadáveres de ríos! Y, como todo cadáver, dicen la verdad descarnada, corona y coronamiento de la vida. En ellos, en esos barrancos, entre pedruscos calcinados, brota un mimo. ¿De dónde su verdor? Verdor de sequía, verdor de verdad. Fuerteventura dice la verdad descarnada y no engaña a sus: hijos.

Esa pobre aulaga, esqueleto de planta, toda ella secas espinas y, por breve tiempo, flores, esa aulaga me recuerda a la retama, a la *ginesta*, la hiniesta, que cantó Leopardi en su último y estupendo canto. Aquel en que dijo de la Naturaleza que es para el hombre, su hijo, “madre en el parto, en el querer madrasta”. ¿Madrasta? ¿Por qué? ¿Porque le dice la verdad acaso, porque no le engaña? ¿Por qué no trata de consolarle de que haya nacido? No, sino que el querer de esta tierra, de esta fuerte tierra descarnada, como es descarnada la verdad verdadera, el querer de esta tierra es querer maternal esa fuerte madre que cría a sus hijos para después de la vida, para más allá de la vida.

Y esta verdad tiene sus verduras. Ahí en las faldas de esos esqueletos de montañas, ruinas de volcanes a las veces, el verdor de las higueras; de las higueras ruinas de volcanes a las veces, el verdor de las higueras; de las higueras con cuyas hojas cubrieron nuestros primeros padres su desnudez. Y sus higos se secan al sol, y ellos, los higos secos, pasos, y el queso, el cuajado queso de las pobres cabras y ovejas que lamen estos pedregales, sirven de conducto para

comer el gofio, esqueleto de pan, a los hijos de esta fuerte tierra de la verdad, de esta fuerteventurosa isla ermitaña.

Conducto, así la llaman aquí los majoreros-los fuerteventurosos hijos de esta isla- al higo y al queso con que acompañan al gofio, a la harina de trigo y a maíz tostados, con que se alimentan. Lo esencial, el alimento, el verdadero alimento, es el gofio, es el esqueleto de pan, es la roca viva de este suelo, y lo otro, el higo, la leche cuajada, ese no es más que conducto, acompañamiento. En todas estas islas canarias, además, se usa el queso como entre mes o aperitivo, cual condimento. Alimentarse de raspaduras de los huesos de la tierra; tal el gofio. Y es alimentarse de la verdad.

Esta tierra, esta noble tierra descarnada, les dice a sus hijos la verdad; no les engaña. Y por eso la quieren. ¡Y qué ilusión más grande es la verdad! La verdad es el supremo engaño. Porque la verdad nos hace creer que hay algo más después de ella, más allá de ella. Y es que nada hay en el fondo más consolador que los tontos—y los listos sin talento, que son más tontos que los tontos— llaman pesimismo. ¡Que consolador leer aquí a Leopardi! En cambio los botarates, como tienen miedo a la verdad, no saben lo que es el supremo consuelo de la verdad descarnada. Y su alegría.

Alegría de dentro, alegría de las entrañas del corazón, alegría del esqueleto del corazón—que la tiene—, alegría de la razón satisfecha. Y para esa alegría no hay que acudir al vino. Los tontos dicen de uno que está alegre cuando está borracho, y no hay nada menos alegre que un borracho. ¡*In vino veritas!*—se ha dicho—“En el vino la verdad.” Pero no es así. En el vino la mentira. El vino engaña, como nos engaña la luz del sol al ocultarnos de día el mundo infinito de las estrellas. ¿Conocéis el estupendo soneto inglés de Blanco White? Os lo traduciré en prosa. Dice:

¡“Misteriosa Noche! Cuando nuestro primer padre te conoció por noticia divina y oyó tu nombre, ¿no tembló esta amable fábrica, por este glorioso pabellón de luz y azul? Pero bajo una cortina de traslucido rocío, bañado en los rayos de la gran llama poniente, Héspero llegó con la hueste de los cielos, y he aquí que la creación se ensanchó a la vista del hombre. ¿Quién habría creído que tal obscuridad estuviese oculta dentro de tus rayos, ¡oh, Sol!, o quién habría pensado que mientras se revelaban la mosca y la hoja y el insecto nos dejaras ciegos para semejantes orbes sin cuento? ¿Por qué hemos de temer, pues, a la Muerte con ansiosa brega? Si la luz puede así engañarnos, ¿por qué no la Vida?

“El más bello y el más grandiosamente concebido soneto en nuestra lengua”— dijo Coleridge de ese soneto del hispanoinglés Blanco White. Sí. La vida puede engañarnos; pero la verdad, la verdad descarnada, la verdad de lo que los tontos

llaman pesimistas, esa no nos engaña. Y esa fuerte verdad, esa verdad fuerteventurosa, es el supremo consuelo y es la suprema alegría. No hay risa como la de la calavera. Y esa risa dice que detrás de la verdad está la tras-verdad. Fuerteventura no tiene palabra de honor, sino de verdad.

3.8 Comentarios

Crónica de Unamuno. París, agosto, 1924 (*El Guanche*, 30- septiembre- 1924: 4 -5)

Unamuno se lamenta que al paso de los años se irá olvidando de todo aquello que conoció en Fuerteventura, quiere que sigan vivos todos sus recuerdos y que el hueso de su memoria, osamenta de su espíritu, no se pudran jamás para poder recordar su anhelada Fuerteventura:

Sólo otra vez había estado en este París desde donde ahora os dirijo, mis fieles lectores de "Nuevo Mundo", estas líneas. Fue hace treintaicinco años, cuando iba yo a cumplir los veinticinco, al celebrarse la Exposición Universal de 1889, en el primer centenario de la gran Revolución Francesa. ¡Fue el año! en que se erigió la Torre Eiffel. Y al volver ahora, al cabo de toda una vida de hombre, ¿cómo me entra esto en el alma? ¿Cómo se despierta y vuelve a mí el París de mis veinticinco años, perdido ya en las brumas del recuerdo que se salió del tiempo? No lo sé aún. Tengo antes que digerir otras experiencias, experiencias de historia y de eternidad también.

Entonces, en 1889, llegué, un muchacho soñador y melancólico, sin pasado y por lo tanto sin porvenir; sin recuerdos apenas y por lo tanto sin esperanzas. Que éstas, las esperanzas, se fraguan con recuerdos como se fragua el porvenir con el pasado, y el progreso se fragua con la tradición. Entonces, en 1889, vine de mi Bilbao nativo cuando todo mi ensueño se cifraba en fundar un hogar, una familia. Hoy..., hoy he venido—me han traído mejor—de la isla de Fuerteventura, cuando todo mi anhelo se cifra en refundar una patria, en asentar en España una sociedad civil libre. Y he recibido la impresión tumultuosa de este París sobre la asentada impresión, hecha ya carne de mi mente, del austero sosiego de Fuerteventura. De Fuerteventura, de donde salí llorando, y donde ha echado raíces incorruptibles mi corazón.

Mi amigo del alma Crawford Fritch—, que pasó conmigo cuarenta días— toda una cuaresma—en la sedienta isla canaria de los camellos, me escribía desde Antibes, en la Costa Azul, esto: "Vine acá el sábado desde Marsella. Viniendo en el tren por la tarde, la belleza de esta costa me sobrecogió, la fresca, lujuriente vegetación, el suave mar plateado, los brillantes hotelitos blancos, el aspecto de sonriente serenidad y bienestar. Parecía como un paraíso terrestre. Parecía nada

real. Parecía imposible que la vida pudiera ser tan sin dureza, sin austeridad. Sí. Estoy un poco amedrentado de ello. Tengo miedo de ir a dormirme aquí. Hay una especie de sensualidad que incuba sobre todo ello. Aquí el animal en el hombre zapa al espíritu. Usted no hace falta aquí; no hay nada que hacer para usted; el mundo está muy bien cómo está—no hay nada por qué luchar, nada por qué esforzarse; ir a dormirse y dejar de molestarse.

Algo parecido experimenté cruzando, en una tarde dulce, la grasa Normandía, desde Cherburgo, el puerto francés en que desembarqué, hasta este París. Invadíame también un sueño dulce y brumoso, el sueño de la civilización. En esa Normandía, toda ella opulenta encarnadura, vestida de espléndida cabellera verde, recordaba la esquelética Fuerteventura, toda ella hueso calcinado al sol y refrescado por la brisa atlántica.

Luego Crawford Fritch me dice que ahora es cuando se da cuenta de la trivialidad de nuestra civilización, de que la trivialidad es la maldición de la civilización inglesa y que es de trivialidad de lo que hemos de morir—si hemos de morir—, de una muerte heroica; de que sabemos vivir suavemente, cómodamente, demasiado suavemente, demasiado cómodamente; de que es extraordinario cuán poco nos ha sacudido hacia arriba la guerra; de que ha acrecentado nuestra sed de placeres, y esto es todo. Y añade estas líneas que leí con el corazón tembloroso, con el corazón concordé y unánime. Dicen: ¡Estoy casi nostálgico de Fuerteventura! ¡Inolvidable isla! Para mi Fuerteventura fue todo un oasis, un oasis donde mi espíritu bebió de las aguas vivificadoras y de donde salí refrescado y fortalecido para continuar mi viaje a través del desierto de la civilización”. Siguen tres líneas que por referirse a mí y a mi acción sobre el que me las dirige suprimo, y añade:” Sí. Creo que iba a dormirme antes de llegar a Fuerteventura; pero ahora estoy despierto de nuevo”.

¿Me dormiré yo aquí, en el suave tumulto de París? ¿Me adormiré al arrullo de los autos, ya que me mantuve despierto al silencio de la marcha sosegada de los camellos? Se dice que en aquellas Islas Canarias el hombre se aplatana, y el de Fuerteventura, el majorero, pasa en ellas por ser indolente. Pero yo sé que jamás me he mantenido más despierto y que lejos del tumulto de las últimas noticias, del barullo de la actualidad, recibiendo correo cada cinco o siete días, oyendo la canción brisadora de la mar, la leyenda del Atlántico, al pie de las recortadas colinas peladas, he entrevisto con toda actitud el esqueleto de nuestra historia, la osamenta de nuestra civilización. Desde la augusta sequedad de Fuerteventura he comprendido el veneno de la sombra del follaje de nuestras instituciones. La mar ha cantado a mi soledad íntima y me la ha encantado.

Viendo las lustrosas y grasas vacas normandas apacentándose en praderas de esmeraldas, bajo un cielo que se derretía en los árboles del horizonte, recordaba

y digería el recuerdo aquellos escuálidos camellos buscando entre las piedras una escuálida aulaga gris o haciendo destacar su largo cuello sobre un cielo barrido por el Nordeste.

Pasarán los años; se irá deshaciendo mi memoria; se pudrirá en ella, en mi memoria, su carne y en esta carne los recuerdos que allí encarnaron, pero los que se hicieron hueso de sus huesos, hueso de mi memoria, osamenta del espíritu, esos no se pudrirán nunca. ¡Fuerteventura, un oasis en el desierto de la civilización!

4 CONCLUSIONES

En conclusión, creemos que la revista “El Guanche” desde el primer momento, plantea una defensa a ultranza de Miguel de Unamuno, poniéndose en contra de su destierro a Fuerteventura, expresando así mismo su repulsa al rey y al presidente de Gobierno, muy en la línea de su ideología nacionalista. Pero por otra parte en los diferentes artículos que insertan en su publicación, afloran temas propios del ambiente canario, sin un ápice de acritud, ya sean artículos del propio Miguel de Unamuno o de J. Cabrera Díaz o de J. Medina. Todo ello fiel reflejo de la actitud propia de la migración canaria a Cuba en los primeros años del siglo XX.

Referencias bibliográficas

CABRERA DÉNIZ, G. (1991): *Prensa canaria en América*. VIII Coloquio de Historia Canario-Americana (1988). Tomo II, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria. ICI, Instituto de Cooperación Iberoamericana, pp. 323.

CEDOCAM, centro de documentación de Canarias y América. San Cristóbal de La Laguna. (Tenerife). (Ediciones digitales)

GARCÍA RAMOS, J. M. (2013) *El zahorí de Valvanera*”. Tegueste, (Santa Cruz de Tenerife), Ediciones de Baile del Sol, pp. 33-38- 60.

UNAMUNO, Miguel (2002) *“De Fuerteventura a París”*. *Diario íntimo de confinamiento y destierro vertido en sonetos*. Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea. Prólogo de Jesús Giráldez Macías, pp. 12- 13

W. FERNANDEZ, D. (2000): *Los periódicos canarios en América*. Colección La Diáspora, Santa Cruz de Tenerife, pp. 11-14. Gobierno de Canarias, Viceconsejería de relaciones institucionales. Tauro Producciones, S.L.

Fuentes

- El Guanche*, Revista Quincenal Ilustrada 15 Marzo 1924, pág. 13
- El Guanche*, La Habana Revista Quincenal Ilustrada 15 de abril 1924, pág. 1 y 2
- El Guanche*, La Habana Revista Quincenal Ilustrada 15 de abril 1924, pág. 10
- El Guanche*, La Habana Revista Quincenal Ilustrada 15 de junio 1924, pág. 5
- El Guanche*, La Habana Revista Quincenal Ilustrada 15 de junio 1924, págs. 12 y 13.
- El Guanche*, La Habana Revista Quincenal Ilustrada 30 de junio 1924, pág. 14.
- El Guanche*, La Habana Revista Quincenal Ilustrada 30 de agosto de 1924, pág. 12.
- El Guanche*, La Habana. Revista Quincenal Ilustrada 30 de septiembre de 1924, págs. 4 y 5.